

[LUNES 15 DE AGOSTO DE 2011] (TERCER CAPÍTULO DE LA NOVELA INÉDITA *ARROYO SECO*)

■ ■ J.R.M. Ávila\*

Por ensayo y error, en camiones diversos que te acercan y te alejan, después de media noche das con tu colonia. Más fácil habría sido si algún taxista se hubiera detenido, pero al ver tu aspecto se desentendían de ti y frenaban más adelante para recoger a otros clientes. Mentarles la madre era un desquite inútil. Ni siquiera se dignaban a tomártelo como insulto. Es cuanto recuerdas. Ni detalles, ni calles, ni rutas, ni paisajes. Nada.

Ahora te desvistes, ves los zapatos empolvados, llenos de raspones, y decides que con una buena boleada se han de recuperar. Pero tu mirada se posa en la ropa y la arrojas con asco en el piso, como si pudieras mancharte con ella. Lavas tu cara y sin darte cuenta de lo que haces ya te encuentras a medio rasurar. Sonríes y continúas. Al terminar, restriegas tu cara completa y lavas tus fosas nasales hasta que recuperas el olfato.

El hedor de la ropa te invade y la arrojas al bote de la basura. Ni así te libras de los malos olores que no parecen ni tuyos ni de este mundo. Bajas las escaleras a escape, arrebatas dos bolsas de plástico en la cocina, regresas a la planta alta y encapsulas el contenido del bote en ambas bolsas. Por fin, adiós al hedor de la ropa, pero no al que despide tu cuerpo.

Entras al baño y abres la llave del agua fría. La regadera es generosa. Te imaginas desnudo bajo una lluvia que se ha negado por meses en la región. No sabes cuánto tiempo transcurre mientras tomas la ducha más prolongada de tu vida. Una y otra vez enjabonas y enjuagas, una y otra vez el agua acaricia tu cuerpo y sacia tu sed. No llenas de agua ni por dentro ni por fuera. Sólo cierras la llave cuando notas que no hay más hedores en ti.

Te secas y bajas la escalera sin vestirte. Destapas una cerveza y te la bebes sin despegarla de tus labios. Un eructo enorme te sacude en el momento en que destapas la segunda. Te la bebes más despacio frente a la estufa, ideando qué puedes comer. Buscas en el refrigerador y no encuentras lo suficiente para cocinar algo. Das el último trago a la cerveza y abres otra.

Subes y enciendes el abanico y el televisor. Encuentras un resumen de futbol del fin de semana. Te sientes a salvo, como si lo sucedido hubiera sido una pesadilla de la que ya despertaste. Ves resultados, goles, tablas de posiciones, malos arbitrajes, mejor juego de la semana. Bebes un trago que no completa el contenido de la botella. Anuncian un juego terminando el programa, pero no alcanzas a ver ni su inicio.



\* Autor de los libros "Ave Fénix", "Relámpagos que fueron" "La Guerra Perdida". Ha publicado en las revistas "Entorno", "Política del Noreste", "A Lápiz" de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L., "Entorno Universitario" de la Preparatoria 16, "Reforma Siglo XXI" de la Preparatoria 3, "Polifonías" de la Preparatoria 9 y "Conciencia Libre". jrmavila@yahoo.com.mx

Duermes desnudo y no te das cuenta de la tempestad ni de truenos ni de relámpagos ni de aguaceros, hasta que sientes que tienes el cuerpo empapado. Tardas en darte cuenta de lo que sucede y resbalas mientras te echas a cuestras la tarea de cerrar las ventanas, de secar el piso con una toalla porque el trapeador debe andar a la deriva en el patio.

Al terminar el secado son las cuatro de la mañana. Como el sueño te ha abandonado, te pones a ver la televisión que dejaste encendida. Hay un noticiero local y en los otros canales tratan de venderte las perlas de la virgen. En el noticiero no aparece la mujer que arrojaron, si lo han hecho como dijeron, en algún lugar del Arroyo Seco. Sonríes al pensar que ahora debe ir anegado hasta los bordes. Dejas de sonreír cuando piensas que, si es así, el cuerpo será arrastrado más allá de Cadereyta, si no se atora en algún recodo.

Buscas en radio y nada. Canciones de todo tipo por doquier. Programas que promueven remedios milagrosos, increíbles. Programas de acompañamiento a conductores que manejan de noche por las carreteras del país. Nota roja ligera que ha pasado a segundo plano por los enfrentamientos cotidianos entre policía y narco. No son ni las cinco de la mañana y el hambre se recrudece. No sólo eso, sino que no quieres comer cualquier cosa. Se te antojan tremendamente unos tacos de barbacoa que han de abrir a las siete de la mañana.

Para consumir tiempo, tras un lavado de dientes y un baño rápidos, como es lunes, te vistes y sales para ir al trabajo. Tomas el camión. El día se ve brumoso, hay charcos diseminados por doquier y seguro que en algunos acechan baches invisibles. Casi bajas para abordar el segundo camión, pero te detienes al recordar que hoy empiezan tus vacaciones y por poco estallas en carcajadas.

Ves un puesto de tacos atestado de clientes y bajas. Deben ser buenos si están tan solicitados. Antes de ti hay al menos tres pedidos, cada uno bastante extenso, de manera que te pones en calma y piensas en los pendientes que tienes para hoy. Son vacaciones, así que no llegas ni a una lista de dos. Te sorprendes al notar que por un instante olvidaste los peligros que te acechan.

Ya terminan de despachar el primer pedido.

Nada menos que siete órdenes. A este paso, bien podrías comprar un periódico y leerlo de cabo a rabo. Escuchas la voz de un hombre que te dice: "Aquí hay algo raro". Sin voltear a verlo, observas a los clientes y a los taqueros y como no encuentras nada extraño en ellos, preguntas: "¿Cómo?".

Un hombre delgado, de unos cuarenta años te muestra un billete de cien pesos que mantiene extendido ante sus ojos. Lo primero que supones es que se trata de algún billete falso o que el tipo pretende embaucarte con él. Ya sabes, el viejo truco de pedir que cambies el billete de cien por dos de cincuenta o por billetes y monedas de otras denominaciones. Hasta morralla aceptan con tal de deshacerse del billete.

"Mire", te dice, "aquí arriba de la pirámide está un rey maya y abajo aparecen muchos como animalitos, aunque no creo: deben ser grupitos de gente que tiene miedo, porque el rey les está diciendo que al que no obedezca le va a cortar la cabeza, porque ya sabe cómo se las gastaban aquellas tribus que no conocían al Dios verdadero, que es el de nosotros". Lo atajas diciendo que se trata de Tenochtitlan y que son grupitos de aztecas, pero insiste: "Yo creo que son mayas, porque en la película así pasaba: ¿No haces caso a lo que digo? ¡Órale! ¡Nomás rodaba la cabeza! Por eso todos le tenían miedo al rey. Ellos le rendían tributo, pero él también les rendía tributo. Era muy parejo".

Replicas diciendo: "No he visto la película a la que se refiere, pero de seguro ha de ser gringa, y la historia desde el punto de vista de los gringos no siempre es...". Te interrumpe sin rodeos, como si blasfemaras: "Pues así pasaba en la película y así debe haber sido, porque está apegada a la realidad de ese tiempo", dice contemplando el billete, y no agrega más, porque su orden de tacos está lista, así que la recibe, y empieza a comer.

Vuelves al ambiente taqueril y notas que todos escuchaban con atención, como pensando de ti: "Este hombre qué va a saber de historia si no vio la película", y la verdad es que te hacen sentir ignorante. En fin, pides una orden para comer aquí y dos para llevar. Comes tus tacos en silencio, sintiéndote persona no grata. Apenas terminas, preguntas cuánto debes, pagas y casi huyes del lugar. "¡Eh!", dice alguien a tus espaldas. ¿Y ahora qué? "Faltan las órdenes para llevar, primo".

Mientras esperas, escuchas la conversación entre el taquero principal y el cliente del billete de cien: "Nomás acuérdesse que a Hidalgo se le metió aquello de ser Papa y se fue a la revolución, con el pretexto de hacer libres a los indios", dice, "ya ve que los chilangos tenían reservaciones cheroquis, pues ese fue el pretexto: hacerlos libres".

Tan poca historia que sabes y van a salirte con que siempre la aprendiste equivocada. A este paso, van a inventar que el país participó en la Guerra de las Galaxias o que Nezahualcóyotl compuso la letra del himno nacional. No, por favor. El cliente termina de comer, paga y se despide. El taquero te pregunta si quieres las órdenes con todo. Le dices que ponga aparte salsa y verdura.

Los tacos son muy buenos. Valió la pena bajar de la ruta urbana que ahora, de regreso, vuelves a abordar. El sueño merodea, pero alcanzas a mantenerte despierto. Bajas, compras refrescos y periódicos, llegas a casa, guardas todo, y te quedas dormido mientras la lluvia se reanuda.

\*\*\*



Sin título

Despiertas al anochecer, pero no te levantas. Sin abrir los ojos, escuchas la leve lluvia y repasas los acontecimientos desde el sábado. Lo único que no recuerdas es el número de la patrulla. Te encuentras completamente bloqueado ante ese detalle. Sabes que llevaba un 4 y un 3, que se repetían, pero no el orden en que iban los números: 3443, 4343, 3434, 4334, tal vez otras combinaciones como 3344 o 4433. Denunciar a los tripulantes de una patrulla que llevara cualquiera de esos números sería exponerte al matadero.

Modorro aún, bajas apoyado en la pared y el barandal de las escaleras. Al asomarte al refrigerador, encuentras dos órdenes de tacos y unos refrescos que no recuerdas haber comprado. Cierras las persianas, enciendes la luz, cenas despacio, subes y te recuestas mientras lees los periódicos minuciosamente. No tanto como hacía un compañero, que subrayaba lo más importante y lo transcribía en tarjetitas que clasificaba en un casillero y se fue volviendo tan raro que terminó siendo escritor. Más terco que él, nadie. Se reían de lo que escribía, se burlaban de lo que consideraban locuras, pero no cejaba.

Hace mucho que no sabes de él y es casi seguro que algún día saldrá con que tiene libros publicados. No recuerdas su nombre. Como dicen, es de esos tipos que ni en su casa los conocen, pero, si sigue con esa terquedad, un día será famoso. Y entonces, ya se sabe, ni van a burlarse de él, ni dirán que eran locuras las suyas, y muchos asegurarán que es su amigo, que siempre creyeron en él y hasta orgullosos se sentirán de haber sido compañeros de estudios. Hasta tú lo harás. Aunque en este instante no recuerdes ni su nombre.

Ya estás viendo que si algún día lo encuentras y le cuentas lo que te ha pasado la noche del sábado al domingo, lo contará tal como sucedió, si no es que mejor. Sonríes, te concentras en las noticias, no quieres que se te pase un detalle relacionado con la mujer, con los violadores, con los policías, contigo. Debes saber a qué atenderte y la única manera de estar preparado es ser dueño de toda la información disponible.

Pasan las páginas por tus manos, por tus ojos, y te enteras de que el fin de semana anterior no fue ni más ni menos agitado que otros en el Estado. El viernes, un comando armado atacó al vehículo que

trasladaba al Secretario de Seguridad de Escobedo, y a sus escoltas. En este suceso resultaron heridos un conductor de tráiler que nada tenía que ver con el asunto y un elemento del Ejército Mexicano. De los atacantes no se dice si hubo muertos o heridos.

Más adelante encuentras que el sábado por la tarde hubo un reporte de balacera en la Pulga Río, lo cual movilizó a militares, ministeriales, elementos de la Policía Regia y de los puestos de auxilio (tantas policías y de todas no se hace una, piensas). Esto provocó que los comerciantes del lugar bajaran las cortinas de acero de sus locales por temor a que se tratara de un operativo contra la piratería. La clientela abandonó el lugar por miedo a un posible enfrentamiento entre narcos y policías. Al final resultó que se trataba de una falsa alarma.

En otro periódico, se dice que algo parecido había sucedido el mismo sábado por la mañana en San Nicolás de los Garza, donde tanto el personal administrativo como el civil evacuaron el edificio de la Secretaría de Seguridad Pública, ante la amenaza de un ataque por presuntos miembros de la "Delincuencia Organizada". El edificio fue rodeado por elementos de las diferentes corporaciones policiacas estatales y municipales, así como por militares. Por fortuna, el ataque nunca llegó.

En un periódico más, lees que el domingo alrededor de las siete y media de la mañana, al norte de Monterrey, mientras estabas tendido entre matorrales en un lugar que tal vez nunca podrás identificar, la Agencia Estatal de Investigaciones y el Ejército Mexicano detuvieron al menos a cinco elementos de Seguridad Pública del Estado. Se les acusó de haber detenido a su vez a tres elementos del Ejército Mexicano que por la madrugada habían protagonizado una riña en el interior de un bar, (todos contra todos, piensas, vaya lucha campal entre las fuerzas de la ley. El narco ha de estar doblado de risa en estos momentos, como tú).

Tomas otro periódico, peinas cada página con la mirada. De la mujer, nada encuentras. El domingo por la tarde, efectivos de la Secretaría de Marina arrestaron en Ciudad Guadalupe a cuatro personas que tienen relación con Heriberto Lazcano, alias "El Lazca". Entre los arrestados se cuenta Hipólito Bonilla Céspedes, a quien le aseguraron más de 300 mil dólares, 3 millones 400 mil pesos al cambio del día, armas de varios calibres, vehículos blindados,

cargadores y cartuchos al por mayor. A este individuo se le identifica como contador del Cártel de los Zetas.

Dejas de lado los demás periódicos. No dudas que este fin de semana hayan sucedido otros hechos de los cuales no tienes información, pero no crees necesario espulgarlos para ilustrar de mejor manera la atmósfera de violencia en que se vive actualmente en Nuevo León. A pesar de todo, nadie está arrinconado en su casa dejando que la vida transcurra. Una prueba es la cantidad de gente que has visto al abordar el camión, y al comprar tacos, refrescos y periódicos.

Al contrario, cada fin de semana la gente asiste a bailes y a conciertos, va al cine y al béisbol, hace deporte en las canchas diseminadas por el área metropolitana, se juega su dinero en los Calientes, asiste a misa por rutina, como para tener permiso de acceder a los gozos verdaderos de la vida. Oye misa, aunque deba soportar el llamado del Cardenal Francisco Robles Ortega para que como ciudadanía honesta y "bien nacida" se incorpore a la policía. La gente ve el juego de la selección en restaurantes, organiza reuniones con cerveza y carne asada, se va de parranda hasta donde el cuerpo aguanta, en fin, recupera fuerzas para enfrentar la semana de trabajo que se le viene encima.

Aunque la violencia parece haber llegado para quedarse, la gente aprovecha los resquicios que le quedan todavía para no ser alcanzada por las balas, por las extorsiones, por la guerra del gobierno contra el narco que el presidente espurio ha hecho creer que es del narco en contra del pueblo. Ya nadie se inmuta porque aparezcan muertos, degollados, ejecutados, colgados, mantas con bravuconadas de un bando narco hacia las policías, el gobierno o un bando narco opositor.

Así han sido los periódicos de hace una semana, del año pasado, del antepasado. Así han de ser el de mañana o cualquiera de los años venideros. Los expertos dicen que todo seguirá igual al menos por seis o siete años más. Violencia por doquier entre sus hojas o frivolidades, noticias sosas sobre la farándula, semidesnudos de mujeres de cuerpos retocados por Photoshop o por bisturí.

Noticias de todo tipo, pero de la mujer que ante tus ojos fue ultrajada por siete desalmados, que padeció y murió ante ti la noche del sábado al

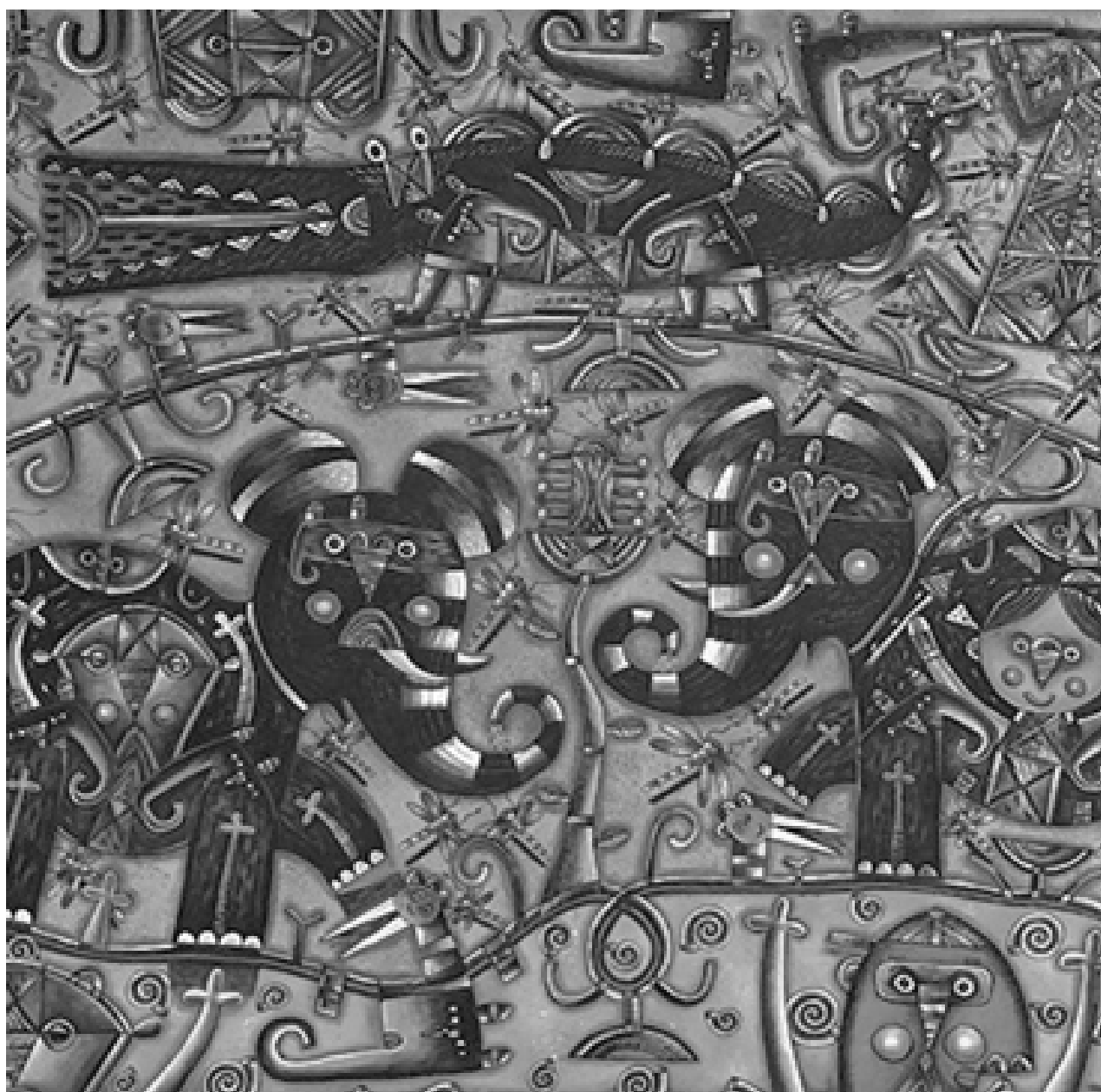


domingo, por más que buscas en los periódicos, nada encuentras, nada se dice. Tal vez sea porque no la victimó el narco. Aunque no debes descartar que aparezca así de repente si los policías la hacen pasar por víctima de esta guerra.

No cabe duda. La violación, la muerte y la desaparición de una mujer es, en estos tiempos, una noticia de poca monta. Son tantas las muertes de los más, de quienes participan de manera activa en la

guerra, que la muerte civil de esta mujer es noticia que no vende en estos tiempos tan alrevesados.

Con impotencia y furia arrojas los periódicos fuera de la cama. Tratas de calmarte, intentas ver una película en la televisión. Cuando encuentras alguna de tu agrado, está por terminarse o empezará en una hora o dentro de más tiempo. Buscas canal tras canal, ningún programa te satisface. Y así, te vuelves a quedar dormido.



Andando juntos